

EL LADO OSCURO DEL PERRO EN EL MEDIODÍA DE LA POST-EXPLORACIÓN

Jorge Márquez¹

El ser humano todavía no ha sido capaz de escuchar la voz animal como un discurso alterno legítimo. Por supuesto, el tema no se refiere al desarrollo de aspectos científicos o tecnológicos sino más bien a la forma en que se piensa el hombre a sí mismo y, por consiguiente, la manera en que piensa el mundo y se relaciona con él. Si no podemos oírlo, es necesario pensar al animal; al pensar al animal es muy probable que podamos oírlo. En el caso de los animales domésticos, parece que la domesticación nos exime de este pensar porque, en alguna medida, el hombre se ocupa y cuida de ellos. Sin embargo, detrás de la vida de animales como el perro nos encontramos con una paradoja: a la vista se está produciendo una explotación que nadie ve.

En las últimas décadas la filosofía ha tomado un giro en el que el ser humano se comienza a desplazar de su centro. Sin duda, las implicaciones éticas de este movimiento están favoreciendo ya el pensar para poder oír al animal. Asimismo, la literatura, que de muchas maneras ha pensado siempre a los animales, constituye un interesante material de base para enfocar el problema. La exploración del presente ensayo se sustenta, justamente, en la confluencia de estas dos miradas.

Palabras clave: Giro animal, post-humanismo, voz animal y literatura, domesticación, post-explotación

¹Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
E-mail: jmarquezmurad@gmail.com

O ser humano não tem sido capaz ainda de escutar a voz animal como um discurso alternativo e legítimo. Com certeza, o tema não se refere ao desenvolvimento de aspectos científicos ou tecnológicos, mas à forma em que o homem pensa sobre si mesmo e, por consequência, à maneira em que pensa o mundo e se relaciona com ele. Se não podemos ouvi-lo, é necessário pensar no animal; ao pensar no animal é muito provável que possamos ouvi-lo. No caso dos animais domésticos, parece que a domesticação nos exime do pensar porque, em alguma medida, o homem se ocupa e cuida deles. Entretanto, atrás da vida dos animais, como o cachorro, nos encontramos em um paradoxo: Em um primeiro momento se está produzindo uma exploração que ninguém vê.

Nas últimas décadas a filosofia há tomado um rumo no qual o ser humano começa a distanciar-se de seu centro. Sem dúvida alguma, as implicações éticas deste movimento estão já favorecendo o pensar para poder ouvir o animal. Assim mesmo, a literatura, que de muitas maneiras há pensado sempre nos animais, constitui um interessante material de apoio para centrar o problema. A exploração do presente ensaio sustenta-se, justamente, em uma confluência destas duas abordagens.

Palavras Chave: Giro animal, post-humanismo, voz animal e literatura, domesticação, post- exploração

Humans haven't been able to listen to the animal voice as a legitimate alternative speech. Of course, the topic does not make reference to the development of scientific or technological aspects, but to the form in which the man thinks of and about himself, and thus the way in which he thinks the world and how he relates to it. If we are unable to listen to the animal, it is necessary to think the animal. By thinking the animal it is very probable that we may hear it. In the case of domesticated animals it seems that the domestication process relieves us from this thought because in a certain manner it is the man who takes care of them. Nevertheless behind the lives of animals like the dog we find ourselves in front of a paradox: there is an exploitation happening in front of our own eyes, which nobody seems to notice.

In the last decades, Philosophy has taken a turn in which the human being has started to move away from its own center. Without a doubt, the ethical implications of that movement are favoring already the process of thinking in order to be able to hear the animal. Likewise, literature, which has always thought of animals in many different ways, makes up an interesting base material to address this issue. The exploration of the essay presented here is based, precisely, on the confluence of these two looks.

Keywords: Animal turn, post-humanism, animal voice and literature, domestication, post-exploitation.

“Cada vez, con todo lo fiel que se quiera ser, se está traicionando la singularidad del otro al que se interpela”

Jacques Derrida

“El perro sabe, pero no sabe que sabe”

P. Teilhard de Chardin

El texto ofrece, en principio, una panorámica del proceso de degradación experimentado por el perro al lado del ser humano a través del tiempo, para luego centrarse en la complejidad y en el artificio al que han llegado estas relaciones a finales del siglo XX y principios del XXI. A lo largo de la lectura, se podrá constatar que existe una clara filiación post-humanista que conecta con las ideas y presupuestos de filósofos y teóricos que, en los últimos cincuenta años, se han ido alejando de la gran trampa de la modernidad: el antropocentrismo. Por otro lado, la perspectiva de la voz animal en la literatura latinoamericana, ha alimentado un diálogo entre ontología, ética y estética en el que se plantea el siguiente interrogante: ¿de qué hablamos cuando hablamos de domesticación?

El animal es un enigma. O mejor, la mitad de un enigma. Esto lo hace doblemente enigmático. No se requiere fe para acceder a él puesto que está ahí, lo podemos ver. El problema es que está y no

está ahí donde se le ve. Primera pregunta sin respuesta: ¿cómo es el hábitat interior del animal? Segunda pregunta: ¿piensa, opina, considera algo acerca de las demás especies, del mundo que lo rodea? Tercera pregunta, al igual que las dos anteriores, sin respuesta: ¿para los animales, merece nuestra especie una consideración especial?

Paradójicamente, es por todo lo anterior que el animal ha ocupado un lugar importante en la vida de los seres humanos. El vasto territorio inaccesible del ser animal, se llena con el vacío del hombre. Dejando de lado la importancia que han tenido como fuente de alimento, los animales están conectados con el mundo mágico, mítico y religioso de todas las primeras civilizaciones. Temor y amor, castigo y recompensa; de manera esquemática la dualidad convencional de la deidad. Pero quizá lo más importante, ese punto ciego del animal que representa lo inasible, lo inefable, constituye lo no revelado que sostiene el enigma.

A primera vista se podría suponer que esto ha permitido una relación hasta cierto punto armónica, saludable, entre hombres y animales. La historia, sin embargo, muestra una cara distinta. El tránsito del *mythos* al *logos* trae consigo un injusto ajuste de cuentas con ellos. La cimentación de las sociedades agropecuarias, implicó la domesticación y

explotación de un buen número de especies. Ironía. No la ley del más fuerte como tal, sino la inteligencia humana como la palanca que activa el mecanismo, la rueda que troza y traga. No hay un código común que permita la comunicación, y suponiendo que lo hubiera, ¿cambiarían las cosas? ¿El hombre le participaría al siervo que va a ser sacrificado? ¿Valdrían de algo los argumentos disuasivos del animal?

Las sociedades primitivas presentan ya esquemas de explotación, aunque no exista ahí, en estricto sentido, acumulación originaria de capital. Las primeras víctimas: los animales. No en vano decía Lyotard que “*el animal es el paradigma de la víctima*” (1986, 19). Si tuviéramos que trazar la genealogía de esta explotación, sedistinguirían dos grupos: de un lado, los sin futuro, es decir, los animales criados para el sacrificio. Del otro, los desposeídos, aquellos que no tienen otra cosa que ofrecer más que su fuerza de trabajo. Ambos están tan indefensos como expuestos. Lejos ha quedado su valor totémico, mítico. Semidioses devenidos indigentes, en su aturdimiento, en el sentido que le da Heidegger al término, vagan degradados a través de lo ya limitado en sí.

Con el paso de los siglos, el estatus de los primeros no ha cambiado. O quizá sí: su degradación a partir de la

Revolución Industrial se ha intensificado. Periódicamente también, conforme el mercado de la alimentación se transforma, busca nuevas vías de seducción, las especies comerciables aumentan, se diversifican. En cuanto al segundo grupo, su historia ofrece una trayectoria narrativa compleja. Las formas de la domesticidad acceden aquí a un plano de interacción conductual de modificación recíproca. Primero, el campo laboral para el que se requería la fuerza de trabajo va desapareciendo. La ciencia aplicada y su correlato, la tecnología, genera desempleo. El caballo no tira más; el perro se aleja de los rebaños. ¿Qué les queda? En el caso particular de estas dos especies, muchas otras opciones. Y esto, ¿conlleva algún beneficio? ¿Sí? ¿Para quién? Sigamos al perro.

Los datos sobre los primeros perros domésticos se remontan a un tiempo casi imprecisable. En su artículo *Perros y literatura: condición humana y condición animal*, Bernardo Subercaseaux, citando a Lorscheider y House, señala que “*Con respecto al pasado remoto, se han logrado datar fósiles de perros domesticados ya en el 8400 a.C., lo que ha llevado a calcular que la domesticación de perros en funciones de caza o recolección se produjo entre diez y catorce mil años atrás*” (2014, 38). En el mismo texto Subercaseaux habla de las distintas ocupaciones que los perros

fueron desempeñando, así como de los factores que influyeron en este proceso, hasta llegar al estatus de acompañantes. Lo que pasó después requeriría un análisis extenso. Lo abordamos de forma sintética. La virtual ociosidad del perro despertó el interés utilitario del ser humano, pero, sobre todo, el vacío. El vacío que se acendra en la ociosidad y el aburrimiento. Como si la ociosidad hubiera convertido en sujetos completamente aburridos a los perros, mientras que, por su parte, al verse reflejados los hombres en esa fuente, estos últimos trataran de paliar su miseria habilitando una nueva condición para los perros. Al respecto recordemos lo que dice Agamben, en su libro *Lo abierto*, en cuanto a que el curso que Heidegger tituló los *Conceptos fundamentales de metafísica*: “Está dedicado, primero, a un amplio análisis –unas doscientas páginas– sobre el <aburrimiento profundo> como tonalidad emotiva fundamental e, inmediatamente después, a una investigación aún más amplia acerca de la relación del animal con su ambiente y de la relación del hombre con su mundo” (2006, 94). Otra paradoja. Parecería que de explotados, los canes ascendieran, de pronto, a una suerte de aristocracia. Sí, pero como muchas otras cosas en su vida, solo en parte. Nuevas relaciones de producción los asechan. Mi vacío será tu ruina, pareciera ser la fórmula con la que el hombre redirecciona

el papel del perro en la era de la post-explotación. En el artículo ya citado de Subercaseux encontramos que:

“Se trata de un constructo de representaciones y de realidad que corre paralelo a una creciente sofisticación en la domesticación, y amistad hombre-perro, y a un desarrollo y volumen cada vez mayor de la industria y del negocio de las mascotas, en una lógica de mercado. Una proyección hacia el mundo canino del imaginario social humano, un intercambio simbólico (unilateral) que paradójicamente revela la (proyectada) humanidad de los animales y, subrepticamente, la insociabilidad o soledad de la fisonomía espiritual del hombre contemporáneo” (2014, 41).

¿Entonces? ¿Todo es ilusión, un simple diseño del deseo de ser? ¿El concepto heideggeriano “pobre de mundo” (*weltarm*) aplica sin matices, para todos los animales?

La pobreza de mundo del animal está dada en virtud de la rigidez de los límites en su relación con el entorno propio (“ambiente” le llama Uexküll, “círculo deshinibidor” le nombra Heidegger). He ahí el aturdimiento: “[...] aturdimiento [Benommenheit] del animal significa, pues, esencial sustracción [Genommenheit] de percepción de algo en

tanto algo y por lo tanto, en tanto sustracción, un estar-absorbido [Hingenommenheit] por [...]" (Agamben, 2006, 99). Se entiende que en estas condiciones no pueda haber apertura a ningún mundo, pero es probable que la cantidad y variedad de deshinibidores, en el caso del perro, haga menos rígida la relación con el entorno y afecte la aparente inamovilidad de la sustracción. En este deslizamiento de la sustracción se abre una puerta por la que cabría preguntarse si sale el animal o penetra el humano. ¿Ilusionismo persistente o conducta inducida lindando en esquizofrenia?

Desde siempre, el animal comporta, de un lado, como se ha venido diciendo, preguntas sin respuesta; del otro, conducta observable. La etología, una ciencia más bien joven en la que se sistematiza la observación conductual, ha avanzado poco a poco cada vez más en este terreno. No obstante, siempre que aparezca el límite tendremos que regresar a esa verdad expresada por Derrida, de momento, inobjetable: "*el pensamiento del animal, si existe, se remite a la poesía, a lo que la filosofía ha debido evitar, he ahí mi tesis. Esta es la diferencia entre un saber filosófico y un pensamiento poético*" (2008, 23). ¿Y la ciencia?

Haciendo una analogía, la visión de la ciencia ha tenido la misma focalización

que la del narrador testigo. La etología ha permitido interpretar la conducta solo a partir de las acciones. Los privilegios del narrador omnisciente le están vedados. El pensamiento del animal, "si lo hay", la forma en la que ve el mundo, "si la hay", son una caja negra, la mitad del enigma, un misterio. Hasta hoy, los huecos de la ciencia han sido llenados por la especulación bajo diferentes formas. La más afortunada: la perspectiva literaria (perspectiva que descansa, evidentemente, en un fundamento poético). Esta, es cierto, refleja un mundo humano en mayor o menor medida, como sucede con cualquier género o subgénero literario, pero no deja de ser, como bien señala Derrida, la única herramienta de que disponemos para acercarnos a esa alteridad radical que constituyen los animales. Por otra parte, cuánta razón tenía Boris Cyrulnik al afirmar que: "*Los artistas están ahí para explicar aquello que no entendemos y que no vemos en los animales*" (2009, 203).

De los libros sagrados, de la mitología y la epopeya a la fábula, de la fábula a la literatura de la modernidad y de ahí a la posmodernidad, lo cierto es que el perro no tiene una participación más importante que la de otros animales como la serpiente o el lobo. Su cercanía y su dependencia respecto al hombre, sin embargo, le otorgan características que lo

convierten en un personaje muy atractivo. A la cantidad y la variedad que conforma su círculo de deshinibidores, corresponde una cantidad y una variedad similar de conductas. Esto hace que con frecuencia se desdibuje la frontera que marca su identidad en tanto especie, y por ahí se filtre el abuso y la falta de respeto de parte del humano. Entre el cliché y las fantasías más extravagantes, el imaginario colectivo ha creado el *Umwelt* canino, al tiempo que, también hay que decirlo, la conducta del perro se modifica hasta lo grotesco debido a la sobre estimulación por deshinibidores. Como añadido, el mercado de las mascotas al que alude Subercaseaux, y en particular, el propio término “mascota”, han degradado al perro al rango de juguete y a una suerte de esclavo sentimental. Cada vez se hace más difícil definir qué cosa es un perro.

Podríamos distinguir tres momentos clave de la literatura en que el animal, en términos generales, aparece como personaje protagónico. El primero vendría con la fábula y la comedia. En ambas la sátira está presente. La intención es fustigar los vicios y enaltecer las virtudes tomando distancia, tratando de ganar objetividad desde el animal. Su conducta observable es el combustible de un ingenioso mecanismo moralizante que, para formar, deforma. Comentaba el escritor Juan José Arreola en una

conversación: *"El animal es un espejo del hombre. (...) En los animales aparecemos caricaturizados, y la caricatura es una de las formas artísticas que más nos ayudan a conocernos. (...) El animal, te repito, sirve para criticar, para ver al sesgo ciertas cosas desagradables"* (Rodríguez, 2002, 51). De ahí se desprende una extensa taxonomía axiológica. Cada conducta animal corresponde a un determinado valor. Esta correspondencia le es útil al hombre en el sentido que ya se dijo. El problema es que a fin de cuentas deviene catálogo estereotípico que no siempre, como se verá más adelante, favorece al animal. El empirismo de la sabiduría popular en ocasiones se decanta por la generalización impune.

La tradición clásica de la fábula y la comedia en la que los protagonistas son animales, se prolonga a lo largo del tiempo a través del cuento y la novela; en el siglo XIX tiene un repunte y llega hasta el XX. En el caso particular de los perros, es de nuevo Subercaseaux quien nos recuerda que: *"[...] será sobre todo a partir del renacimiento europeo y del inicio de la modernidad que los perros adquieren una presencia sostenida, dando lugar, como ocurre con la novela de Cervantes El casamiento engañoso y El coloquio de los perros (1613), a una tradición de narradores o personajes perrunos en las letras hispánicas"* (2014, 34). Con sus

variantes, el estereotipo del perro se va gestando hasta llegar a constituirse en aquello que hoy conocemos y que descansa, básicamente, sobre cuatro ejes axiológicos: el amor, la nobleza, la abnegación y la obediencia. En el cuento *La noche del perro*, del mexicano Francisco Tario, se puede observar esto con claridad. Queda la cuestión de si el autor, quien por otra parte es reconocido por la gran originalidad de sus textos llenos de personajes y tramas insospechados, y quizá como el más auténtico escritor de literatura fantástica en México, se burla de estos patrones de conducta, pues la ironía apenas si se puede percibir. El hecho es que en *La noche del perro*, el animal queda reducido a la perrera de las convenciones.

Un poeta se encuentra en el lecho de muerte. Poeta en la miseria con perfil decimonónico. Su perro narra la historia a través de un flujo de conciencia: “*Mi amo se está muriendo, sobre su catre duro, en esta helada buhardilla, adonde penetra la nieve*” (Tario, 2003, 75). El perro no puede hacer nada. Pero frente a semejante situación, el ser noble y abnegado tiene que hacer un acto de contrición: lacerarse moralmente: “*Y lo veo morir y no puedo impedirlo porque soy un perro[...] Está tísico y morirá irremediablemente. Yo también lo estoy, pero ello importa poco. Él es un poeta y yo un perro de la calle*” (ídem). A través de una analepsis el

animal recuerda la forma en la que conoció a su amo, quien ha llevado una vida disipada. El encuentro tiene lugar a las puertas de una cantina. El poeta se le acerca y le dice si quiere ser su amigo. Lo que mueve al perro es la compasión: “*¿Qué podría yo hacer para ayudar a este hombre- me preguntaba continuamente. Y esta alma buena que llevamos todos los perros dentro me aconsejó al instante: <síguelo siempre a donde vaya>*” (2003, 76). El perro también recuerda lamentables episodios en los que su amo, alcoholizado, lo golpea hasta sangrar. En el colmo del amor, el perro reflexiona: “*Pienso en su rostro tan pálido, en sus pulmones enfermos, en su mirada tan honda y me digo: <Ámalo, ámalo aunque te duelan los golpes>. Y lo amo. ¡Cómo no he de amarlo! Lo amo como a mi propia vida*” (2003, 77). De regreso al presente de la enunciación narrativa, el colmo asciende a delirio de grotesco ágape: “*Perdóname por haber nacido perro. Perdóname por no poder hacer otra cosa que verte morir. Perdóname. Pero te amo, te amo con un amor como no hay otro sobre la Tierra; como es incapaz de comprender el hombre...el hombre, salvo tú, mi amo*” (ídem). El tiempo avanza y el poeta ya está en sus últimos minutos. Dentro de su conciencia canina, la bondad lleva al perro por retorcidos caminos de autodiscriminación y

desprecio: “[...] y yo pienso con angustia en todos los perros del universo: en mis camaradas buenos, la mayoría tan melancólicos, abrumados por esta alma nuestra que nos han dado, demasiado grande por cierto para unos miserables seres que no hablan ni escriben” (2003, 79). Finalmente, el poeta muere. De regreso del funeral el perro es atropellado.

Cierto es que el retrato que hace Tario del perro es sombrío. La máquina animal ciega y estúpida. Animales que deberían avergonzarse (el “dios-hombre” es capaz de hacer que lo hagan) de sentir, de sufrir. A pesar de que está a la vista lo que Peter Singer opina, en cuanto a que: “Si un ser vivo sufre, no puede haber justificación moral alguna que se niegue a tomar ese sufrimiento en cuenta. Sin importar la naturaleza del ser vivo, el principio de igualdad obliga a que su sufrimiento sea considerado —en el límite que las comparaciones nos lo permiten— de la misma manera que el sufrimiento de otro ser vivo” (Singer, 2015, 9), para la lógica del explotador insaciable, la cancelación del derecho es la puerta al paraíso terrenal. Los animales carecen de medios para defenderse, “no hablan ni escriben”. Su situación de inferioridad dictada desde el buró del antropocentrismo no puede ser trascendida por ellos mismos. Se encuentran en una trampa funcional.

Desde la perspectiva de Simone de Beauvoir:

“Cuando un grupo o individuo se mantiene en una situación de inferioridad, el hecho es que es inferior, pero es en el alcance de la palabra ser donde habría que extenderse; la mala fe consiste en darle un valor sustancial mientras que el suyo, es un sentido dinámico hegeliano: ser, significa ser en el devenir, es el haber sido hecho tal como nos manifestamos; si las mujeres en su conjunto son, hoy en día, inferiores a los hombres, es decir, sus situación les aporta menos posibilidades: el problema es saber si ese estado de cosas debe perpetuarse” (Beauvoir, 1998, 39).

Lo que plantea Beauvoir aquí es el germen de lo que después va a desarrollar Donna Haraway en su *Manifiesto cyborg*. La relación entre el hombre y el animal va más allá, y tiene que ir más allá de la moral, de la estrategia de mercado y de las absurdas relaciones de poder pues, leemos en el manifiesto:

“A finales de este siglo en la cultura científica [...], la frontera entre lo humano y lo animal tiene bastantes brechas. Las últimas playas vírgenes de la unicidad han sido polucionadas, cuando no convertidas en parques de atracciones. Ni el lenguaje, ni el uso de

herramientas, ni el comportamiento social, ni los acontecimientos mentales logran establecer la separación entre lo humano y lo animal de manera convincente. Mucha gente ya no siente la necesidad de tal separación. Más aun, bastantes ramas de la cultura feminista afirman el placer de conectar lo humano con otras criaturas vivientes. Los movimientos de defensa de los derechos de los animales no son negaciones irracionales de la unicidad humana, sino un reconocimiento claro de la conexión a través de la desacreditada ruptura entre la naturaleza y la cultura” (Haraway, 2015, 3).

Si lo consideramos bien, quizá lo hiperbólico del carácter sumiso del perro, que raya en el martirologio, es la señal que nos hace percibir el esbozo de una amarga mueca irónica en el cuento de Tario. Sea como fuere, mientras por un lado atiende al prototipo de animal doméstico de compañía, por otro, representa la evidencia del dominio del hombre como especie. El servicio que los animales han prestado, a través de la literatura, para reforzar una moral determinada es, como se ha venido diciendo, un primer estadio en su aparición como protagonistas. El cuento de Tario va un poco más allá. Resulta estremecedor, porque lo que aquí se observa es lo que cierta literatura sobre animales ha tratado de hacer: una

campaña moral, que intenta justificar el abuso que el hombre ha ejercido sobre los animales, utilizando a un animal protagonista que maneja un discurso en esta línea.

En la historia de la literatura, otro tipo de animal que aparece con rol protagónico es el animal político. Quizá sea la crítica política la que mejor se aviene al enmascaramiento que permite el animal. La herencia tiene su origen, sin duda, en la comedia aristofánica. El ataque va dirigido a las instituciones sociales, humanas, de forma clara y explícita. No existe un cuestionamiento, propiamente dicho, a las relaciones hombre- animal. El animal aquí es solo un disfraz, una máscara que vela apenas, siempre a medias, la intención comunicativa del autor. Pensemos en ejemplo universal como *Corazón de perro*, de Bulgakov, esa novela en clave de farsa que ridiculiza al aparato burocrático de la naciente Unión Soviética, o más cercano en tiempo y en lugar, la novela *Indiscreciones de un perro gringo*, del puertorriqueño Luis Rafael Sánchez en la que, si bien es cierto que tienen momentos en que el protagonista hace alusiones a su ser, como una especie de reivindicación dice: “*Rechazo que se me considere un perro robot. Soy un perro de carne y hueso a quien se humanizó por razones concretas, un perro humanoide. Si dicha categoría no cuadra a los aquí*

presentes, transemos por la categoría de perro cibernético” (Sánchez, 2007, 87), y forzando un poco la interpretación, podríamos decir que cuestiona el utilitarismo animal, el énfasis está en otro ámbito.

Más sutil parece el rol del animal postmoderno, o en tránsito: de político a postmoderno, en cuanto a una crítica política que tiene como centro de interés, los derechos mismos de los animales. El término “político” es de mucha ayuda porque apunta justamente en dirección a esta sutileza. La raíz griega de la palabra se refiere a la ciudad o a las cosas de la ciudad: πολιτικός. La ciudad, por su parte, es símbolo de civilidad (relación casi tautológica porque civilidad y ciudad comparten la misma raíz latina: civitas. El paradigma de la domesticación encuentra su asiento en la vida civilizada y, correspondientemente, en la urbe. Desde el punto de vista del gobierno y de la organización de las sociedades humanas, el tema del animal plantea un reto político. Por su parte, la vida en la polis implica, para el animal y el hombre, un replanteamiento, a baja escala si se quiere, de la organización social. Se ha perdido la unicidad, como dice Haraway, porque la naturaleza del animal, pensemos sobre todo en el perro, está siendo intervenida. Decepciona profundamente que después de su sesión de manicure, el perro se

maltrate la uñas rascando la tierra en busca de algún hueso almacenado. ¿Tiene derecho a ello? Eso representa un problema político.

En su libro de cuentos titulado *Animales salvajes*, la escritora argentina Griselda Gambaro, dedica tres textos en donde los protagonistas son perros: *Perro (1)*, *Perro (2)* y *Perro (3)*. La relación entre el título del libro y el de estos cuentos, evidentemente produce una ironía. ¿En qué sentido opera? ¿Hacia dónde apunta la ironía del título? Veamos dos de los tres cuentos referidos.

El primero trata de un perro callejero que un buen día aparece a la puerta del hogar de un hombre solo. “Su aspecto de fatiga”, es suficiente para convencer al hombre de darle posada. Hasta ahí el cliché. Podríamos imaginarnos lo demás. La historia del perro agradecido, la pareja (hombre-animal) feliz. Nos engañamos. Algo está fuera de sitio. Es el propio narrador-personaje quien lo anuncia: “pertenecía a una especie de reconocidas virtudes y ni se me ocurrió pensar que él no poseía ninguna” (Gambaro, 2006, 95). El estereotipo está resquebrajado. Y por si fuera poco, “Era una criatura que odiaba mucho. Y es mejor alejarse de quienes odian porque no viven ni dejan vivir” (ídem). En breve el perro ha sido humanizado y juzgado moralmente. Más

adelante, el hombre descubre las razones del carácter del animal: *“Me fui enterando de su pasado porque hablaba en sueños”* (2006, 96). A través de sus sueños el perro revela una vida de infortunios. No conoció a sus padres, para sobrevivir hurga en los basureros, padece raquitismo, y con el tiempo forma una familia que muy pronto es desmembrada por la perrera. Su suerte resulta un grave problema: *“[...] él se había salvado y sentía culpa”* (2006, 97).

Oleadas de este pasado le llegan también en la vigilia. Cuando esto sucede, le invade la furia. Arremete contra lo que encuentra. El hombre, por su parte, se solaza en su civilidad: *“Contra mí no podía formular reproche alguno, yo extremaba las muestras de solicitud[...] Compré también una correa para sacarlo a pasear, pero al primer intento cuando me acerqué con la correa, me mordió la mano [...] ¿De qué servía, me pregunté, tener un perro que no se abalanzara cordialmente sobre uno? Que no agradeciera ni comida, ni alfombra ni correa”* (2006, 98). Protejo, atiendo, procuro al animal mientras satisfago mi ego de amo y señor de las especies, mientras muestro, en el caso de los perros, “las virtudes de los de su especie”. Las sabias reflexiones de la gallina, poco antes de ser sacrificada, en el cuento *La noche de la gallina*, de Francisco Tario, se ofrecen como una triste verdad:

“¿Me asesinarán los hombres no obstante que he alegrado sus vidas! Son vanos, crueles, egoístas. Principalmente eso: egoístas. ¿Por qué no matan al perro? ¿Por qué los defiende! ¿Por qué no matan al gato? ¿Porque se come a los ratones! ¿Por qué no matan al burro? ¿Porque transporta sus mercancías! ¿Por qué no matan al caballo? ¿Porque los transporta a ellos! ¿Por qué no sacrifican al tigre, a la víbora o al lobo? ¿Porque les temen! ¡Canallas! ¡Cobardes!” (Tario, 2003, 72).

Hacia el final, se podría pensar que los antecedentes llenos de escollos del perro serán un factor que modifique la opinión que el hombre tiene de él, pero no es así: *“Un día despanzurró las plantas de mi balcón, algunas las arrancó de raíz, otras las masticó enteramente para escupirlas sobre el piso. Maldad. Ni aun su pasado a la intemperie lo disculpa”* (Gambaro, 2006, 99).

Pero si el perro es tan solo un paria, un “sin nada” que lleva a cuestras su animalidad incómoda. Su círculo de desinhibidores es un caleidoscopio que lo desorienta. Si aceptamos la dificultad que hoy implica definir qué es un perro, de igual manera debemos aceptar que si reflexiona, al propio animal no le será fácil descubrir qué cosa es.

Por último, harto del perro, el hombre lo echa: “Le abrí la puerta con un gesto definitivo. –Afuera- dije” (idem). Meses después el animal regresa. Le falta un ojo, ha tenido más reveses. Su actitud no ha cambiado. El hombre lo encuentra a las puertas de la casa, como en un principio, y lo deja entrar. No hay agradecimiento, ni mancuerna feliz. Aceptación sí, necesidad. La autora intenta mantener el equilibrio en medio de un terreno sacudido sistemáticamente por la “máquina antropológica”. No es fácil. La empresa literaria en la voz animal nunca es objetiva tratándose de la subjetividad en la alteridad:

“Ahora, en el presente, estamos completamente desprovistos del equipo necesario para pensar el carácter subjetivo de la existencia, sin tener que confiar en la imaginación —sin adoptar realmente el punto de vista del sujeto experiencial. Esto debe verse como un desafío para formar nuevos conceptos y crear un nuevo método—una fenomenología objetiva que no dependa de la empatía o la imaginación. Aunque presumiblemente no percibirá todo, su meta sería describir, al menos en parte, el carácter subjetivo de las experiencias de una manera comprensible a aquellos seres que no posean la capacidad de experimentarlas” (Nagel, 1974, 448).

Pero mientras llega el tiempo de las respuestas a las preguntas sin respuesta, lo interesante del comentario de Nagel es que deja claro que la imaginación ha contribuido al giro animal de una manera importante. Es evidente que uno de los campos más fértiles en este rubro es la literatura que toma en sus manos la voz animal, en la última fase de la modernidad y en la posmodernidad. Al momento en que los animales como personajes se dejan de manipular, o se manipulan cada vez menos, y dejan de ser proyecciones de la mala conciencia de la especie humana, entonces se pone en la mesa un problema político que urge ser atendido.

El segundo cuento, *Perro* (2), presenta la historia de una mujer viuda que vive en una quinta. Aunque no le ha importado mucho hasta el momento, decide hacerse de un perro para reforzar su seguridad y vivir más tranquila. Compra un cachorro al que decide llamar *Topo*. Al paso del tiempo, el perro cumple con las características esperadas por el hombre promedio: “Cuando el perro creció, fue un animal dócil y de carácter expansivo, pero ella sabía que la casa se había vuelto inexpugnable a los intrusos” (Gambaro, 2006, 104). La primera muestra que de esto último tiene la mujer, es la ferocidad del perro hacia el jardinero. “A pesar de sus visitas frecuentes el perro jamás lo aceptó. Despedía un olor

repugnante y acaparaba la atención de la mujer” (ídem). Hay algo más: los celos. Aquí no solo se trata de la humanización del animal, sino de una conducta comprobable. No importa. La mujer juega con esto: el animal no pasa de mostrar su odio. Además: *“Era suficiente que ella le ordenara en voz baja: quieto, para que el perro obedeciera”* (ídem). La mujer va todavía más allá: *“A ella le agradaba imponerse de esta manera, apenas con un matiz de autoridad en la voz baja, y creía que él dominaba su instinto en un renunciamiento por amor”* (2006, 105). Incluso: *“Consciente de la impaciencia del perro, ella se demoraba conversando con el jardinero cuando él terminaba su trabajo”* (ídem). Craso error. La mujer se confunde. Su perspectiva demasiado humana se desliza hacia la psicopatología del amor a los animales, hace que pierda de vista la mismidad del perro. Esto va a tener consecuencias importantes. Las cosas han llegado lejos: *“Poco a poco estableció una relación profunda con el perro. Era mejor que una persona, más fácil de tratar. Hablaba con él desde el inicio del día, no largas conversaciones sino frases cortas comentando el tiempo, preguntándole si tenía hambre, si tenía sed, si le gustaba el agua fresca que le renovaba en la escudilla”* (2006, 106). En medio de esta situación idílica, un día logra colarse a la casa un perro de la calle. *Topo* lo detecta

y se lanza sobre él. La mujer no se da cuenta hasta que empieza a oír los gruñidos de su perro entremezclados con otros que no reconoce. Sale presurosa hacia el lugar de donde provienen los ruidos: *“Bajo la luz sin sombra del medio día lo que vio al principio fue sólo la confusión de unos cuerpos entreverados. Luego percibió a Topo, su ovejero amable, y le costó reconocerlo”* (2006, 107). Se revela parte de la naturaleza del animal, el animal en su verdad, y se produce en la mujer una suerte de extrañamiento. No hay lugar para la reflexión. Lo importante es ponerle fin cuanto antes a aquella desafortunada escena: *“Segura, la mujer ordenó: - ¡Topo, soltalo! Topo abrió las mandíbulas e instintivamente calzó los colmillos unos centímetros más alto, buscando acercarse al punto vulnerable de la garganta”* (ídem). Contra el instinto animal ligado a la defensa del territorio, las órdenes, que derivan de una estructura moral, no tienen efecto: *“La mujer repitió la orden, en esta oportunidad con furia y asombro. Después grito”* (ídem). Desesperada, incluso golpea al perro. No funciona, pues *Topo “Había regresado a un lugar que la mujer no conocía, un lugar de salvaje supervivencia, de hambre y búsqueda de alimento donde cada animal extraño debía morir. En ese lugar la mujer no significaba nada, ni siquiera un estorbo”* (2006, 108). Cabría preguntarse si no es a partir de

estas premisas que se puede comenzar a delinear un diálogo más productivo con la voz animal vuelta acto.

Finalmente, como puede, la mujer logra sujetar del collarín a su perro y arrastrándolo lo lleva hasta donde se encuentra su casilla y su cadena. “*Topo había vuelto en gran parte a ser quien era. Encadenado a la casilla, la miró manso, la panza pegada al suelo, la cola entre las patas*” (ídem). La cadena como recurso plenipotenciario contra el diferente, el que se rebela cuando se revela distinto. La cadena: una larga historia al servicio de la alienación. ¿Qué es lo que cambia?:

“Al día siguiente, liberó a Topo de su cadena. El perro no requirió sus palabras ni sus caricias, corrió inquieto hacia el fondo como si su enemigo todavía estuviera allí y él pudiera saltarle encima igual que antes, repetir la victoria. En el sitio de la lucha olió tenazmente con la nariz pegada al suelo, no dejó centímetro alguno de hierba o tierra sin olisquear, se inmovilizó sobre una huella de sangre, encogió las patas y escarbó de un modo frenético en ese lugar que le traía recuerdos” (2006, 111).

Llega al fin un breve espacio para la reflexión que, tan pronto como llega, la estructura moral de la “máquina antropológica” convierte en desencanto:

“Sin embargo, sabía que era un animal y que entonces no podía guardarle encono, increparlo por la violencia sangrienta. De cualquier modo, ya no confiaba en él [...] Insensible a sus ruegos, a sus gritos, en un momento dado el perro la había expulsado de su mundo. Sin amor ni odio, sin propósito deliberado, la había colocado en su lugar humano, que quizá fuera el de la decepción” (2006, 112-113).

La pregunta es si la mujer alguna vez estuvo en el mundo del perro, o simplemente se trataba de un mundo proyectado por ella misma, su propio mundo. La ilusión del otro mundo del ego antropocéntrico. El perro nunca pidió ser domesticado. Ahora que lo está, en la medida en que dura el condicionamiento de la cadena, se le reclama su “salvajismo” y se le acotan sus derechos en cuanto a ser, de acuerdo a su propia naturaleza.

Si miramos bien, los enfoques o matices en la relación entre el hombre y los animales, no han sido sustancialmente distintos a la de los seres humanos con respecto a otros grupos de su propia especie. Dice el investigador Alejandro Lámbarry: “*La identidad del animal al igual, que en el caso de la mujer, se reificó en un estereotipo falso e inamovible bajo el cual subyacía una intención de explotación. Podríamos hablar entonces del*

indio flojo, del negro violento, de la mujer débil, del animal como bruto e instintivo” (2015). El tema es “el diferente”. La alteridad como amenaza. Pero de igual manera el tema de “el diferente” ha pasado por varias etapas. La alteridad como misterio, como posibilidad, como alternativa, como potencia, como mediación.

Irónicamente, es en el racionalismo donde florece el antropocentrismo discriminatorio. Irónicamente, es en la cúspide del desarrollo racional donde aflora con más virulencia. Cuando la organización social llega a un extremo de perfección neurótica, es momento de eliminar al otro. La perfección, en este sentido, no admite la diferencia.

El sentimiento de culpa histórica, el peso de la omisión en la conciencia colectiva, la autocensura por la soberbia de la especie, han comenzado a tambalear seriamente el andamiaje antropocéntrico. De tal suerte que, en los años más recientes, se ha disparado la creación de derechos de toda laya cuyas implicaciones no podemos calcular en este momento, pero que seguramente llevarán a una reestructuración profunda de las relaciones humanas y, más aún, del hombre y su entorno. Queda por ver si en este frenesí exculpativo no se incrementan los laberintos de papel o se exagera el carácter coercitivo de la ley.

El problema es que, para el hombre moral, la noción de respeto implica integración. Esto conlleva una trampa. Te respeto y por eso te integro, te integro para que seas igual a mí, quiero que seas igual a mí para que dejes de ser diferente. Esto vale tanto para miembros de la misma especie, como para los que no lo son. La fórmula afecta, sobre todo, a los animales domésticos; hace posible una súper civilizada forma de alienación, se traduce en el afán de que los animales sean iguales a nosotros.

Las especies domésticas, principalmente perros y gatos, por su larga convivencia con el hombre, han desarrollado estrategias de comunicación para contactar con él. Y el hombre, a su vez, ha desarrollado la capacidad para interpretar ciertas señales. De cualquier manera, sigue habiendo infinidad de lagunas. El peligro es que en ellas navega la falta de respeto, la humanización a ultranza, la tentación, no exenta de soberbia, de la imagen y la semejanza. El hombre-dios que redime al animal de su animalidad.

De la misma manera que de forma implícita se presenta en los cuentos de Gambaro, respecto al tema animal se ha hablado mucho de la importancia de la transformación paulatina que la conducta de ciertos animales ha sufrido a partir del contacto con el ser humano. No menos

importante es, por otra parte, la manera en la que se altera la conducta humana al contacto del animal. Dos proyecciones son claras. De un lado, las relaciones amorosas, la necesidad de afecto que muchas personas colman en compañía de algún animal, en particular de los más dóciles o domesticados, como los perros, y que en muchos casos lleva a una pérdida de perspectiva en cuanto a lo que es propiamente animal, o si se me permite el término, perruno, y lo que gravita dentro de la esfera de lo esencialmente humano. La otra es la paternidad, o la maternidad, según sea el caso, frustrada.

Pero otro de los problemas de la obsesión amorosa por los animales, obsesión en el umbral de la psicopatología, es la decepción que se produce cuando el esquema idealizado de las relaciones hombre animal (más profunda, por supuesto, tratándose de animales domésticos) se desajusta a partir de que tienen lugar eventos que muestran los límites del ser humano en el tema de la manipulación de la conducta animal y nuestra incapacidad de reconocer, más allá del cliché y la moda, su derecho a ser fuera de la moral.

Qué gran dificultad para el hombre, ciertamente, reconocer derechos más allá de la moral.

En el fondo, quizá, ese sea el gran dilema que pone al descubierto el

reconocimiento a la diferencia. El diferente ha sido relegado, excluido de distintas maneras, porque se encuentra al margen, más que de la ley, de la moral. En este sentido, se le persigue y no tiene derecho a derecho alguno. Triste momento para la historia del derecho en que derecho y moral interactúan en contra del individuo que les da razón de ser.

La obsesión del amor por los animales y la domesticación presentan varios peligros. Uno de los más perniciosos es que, a partir de la cercanía intensa y continuada del hombre con los animales, se pretenda que éstos adopten conductas aceptables desde la esfera de la moral. Peor aún: si dichas conductas no se llevan a cabo, entonces lo que sigue es la marginación.

La domesticación, desde donde quiera que se le mire, encierra un fin utilitarista. No se trata de poner a buen resguardo a una especie desvalida necesitada de protección. Ya sea con el objetivo de procurarse alimento, hacerse de compañía, salvaguardar el patrimonio o la integridad física, el hombre somete al animal de acuerdo a sus necesidades. En estas condiciones resulta absolutamente inmoral que espere, además, como en el caso de los perros, una conducta que en algunos aspectos no infrinja ciertas condiciones morales. El hombre lo ha sometido a una andanada de

deshinibidores, ya se dijo. El perro mira a todos lados y a ninguno. Solo le queda el instinto. ¿Acaso queremos también extirparle el instinto?

Por ello el post-humanismo, en buena medida, ha hecho posible el giro animal. Con él comienza el desmantelamiento del proyecto “hombre absoluto” tan cuidadosamente elaborado desde el Renacimiento; se duda, sobre todo, de la omnipotencia de la razón. Las vanguardias artísticas del siglo XX y el existencialismo ya habían iniciado este proceso descentralizador. El optimismo viene a menos. ¿Qué podemos esperar de una especie que en la cima de sí misma ofrece guerra y destrucción? Angustia que se cobija bajo el abuso de poder. ¿Abuso de poder ilimitado? El abuso supera, anula, contradice a quien lo ejerce. En los albores del siglo XX se anunciaba ya el fracaso del hombre como proyecto absolutamente racional. O mejor, el absoluto como principio que ofende a la razón. Viene después el tiempo de la humildad, en tiempos particularmente difíciles para la humildad. El tiempo cero. Y al lado, un tiempo que se devora a sí mismo y reduce a memoria primaria todo lo que toca. El giro animal, impulsado por

el post-humanismo, así como la voz animal en la literatura que transita entre el siglo XX y el XXI, más que reivindicar los derechos de los animales, han dado cuenta de cómo el hombre se aleja cada vez más de sí mismo. En estas condiciones, ¿es posible un equilibrio en relación con las demás especies?

El epílogo tiene dos vistas. Vayamos a la analogía con el *Perro (2)* de Gambaro. Radicalicemos la prosopopeya: “*Sin embargo, sabía que era un hombre y que entonces no podía guardarle encono, increparlo por la violencia sangrienta. De cualquier modo, ya no confiaba en él*”.

JORGE MÁRQUEZ

Ensayista y poeta. Tiene formación en lingüística, literatura hispánica y pedagogía. Durante algunos años fue colaborador de la revista mexicana *Nexos*. Sus textos han aparecido en antologías y diversas publicaciones periodísticas. Ha publicado dos libros. Actualmente se encuentra inscrito en el programa del Doctorado en Literatura Latinoamericana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Bibliografía

Agamben, Giorgio. *Lo abierto*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2006.

Beauvior de, Simone. *El segundo sexo*, España, Cátedra, 1998.

Cyrułnik, Boris. *El encantamiento del mundo*, Barcelona, Gedisa, 2009.

Derrida, Jacques. *El animal que luego estoy si(gui)endo*, España, Trotta, 2008.

Gambaro, Griselda. *Los animales salvajes*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2006.

Haraway, Donna. *Manifiesto Cyborg*. Disponible en:
<http://www.blogs.fad.unam.mx/manifiesto-cyborg.pdf>, 2015. 6 de diciembre de 2015.

Lámbarry, Alejandro. Entrevista personal. 9 de octubre de 2015.

Lyotard, Jean Jacques. *La diferencia*, Barcelona, Gedisa, 1983.

Nagel, Thomas. *What Is It Like to Be a Bat?*, *The Philosophical Review*, Vol. 83, No. 4 (Oct., 1974), pp. 435-450.

Rodríguez, Efren. *Arreola en voz alta*, México, Conaculta, 2002.

Sánchez, Luis Rafael. *Indiscreciones de un perro Gringo*, Puerto Rico, Alfaguara, 2007.

Singer, Peter. *Animal Liberation. A new Ethics for Our Treatment of Animals*, USA, Random House, 2015.

Subercaseaux, Bernardo. “Perros y literatura: condición humana y condición animal”, *Atenea*, núm. 509, pp. 33-62, junio de 2014. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32831438003>. 28 de abril de 2016.

Tario, Francisco. *Cuentos completos, Tomo I*, México, Lectorum, 2003.